

## CXXIII

El *piccinino*, que ya tenía preparadas las raciones de pedazos de pan, *prosciutto* (especie de jamón) y *caccia cavallo* en un gran cesto, echó mano de éste y con la mano que le quedaba libre de un cántaro de agua mayor que él, salió de la cocina y echó á andar detrás del *bargello* y de mí hacia la claveteada puerta del patio de los presos. Llegábase á ella desde la habitación del *bargello* por un ancho pasadizo subterráneo, donde resonaban las pisadas como los truenos bajo nuestros bosques de abetos.

---

## CAPÍTULO IV

## CXXIV

Descorrió cerrojos el *bargello*, hizo girar llaves enormes en sus cerraduras, y enseñándome cómo había de hacer para abrir la pequeña puerta hecha en la grande y cómo la había de cerrar antes de entrar en el patio para precaver cualquier sorpresa, nos hallamos en el patio.

Era éste una especie de claustro formado de arcos bajos alrededor de un patio empedrado en el cual no había más que un pozo y á su lado un gran pino; cinco ó seis parejas de hermosas palomas azules se arrullaban á orillas del pozo, como si la suerte hubiese querido por burla ofrecer aquella imagen de amor y de libertad en medio de las víctimas del cautiverio y del odio.

Bajo cada uno de los arcos que cercaban el patio se abría una gran ventana en forma de lumbrera, semicircular por la parte superior, recta

por la inferior, cerrada de abajo arriba y de uno á otro lado por barras de hierro que se engastaban unas en otras cada vez que se encontraban de alto á bajo ó de izquierda á derecha, de modo que formaban un enrejado de pequeños cuadrados á través de los cuales podían pasar las manos, pero no la cabeza. Cada uno de esos calabozos era la mansión de un preso ó de una familia de presos. La pared inferior en que se introducía la reja, servía para apoyar los codos durante el día á fin de respirar y contemplar el pozo y las palomas, ó para hablar con los presos de los calabozos que quedaban enfrente.

## CXXV

Algunos de los presos estaban sueltos en sus calabozos y podían dar cuatro ó cinco pasos de un extremo á otro; los más criminales se hallaban sujetos con cadenas á las argollas incrustadas en la pared. En las oscuras mazmorras sólo se percibía un cántaro de agua y un montón de paja semejante al que ponemos en el establo para que se echen las cabras. El piso de los calabozos era inclinado y comunicaba con las cloacas para limpiarlo todos los días.

Comían sin mesa ni mantel, y pasaban el tiempo, unas veces silenciosos y pensativos, otras hablando, silbando ó cantando.

Cuando se les llevaba la comida se les hacía retirar al fondo del calabozo lo mismo que se hace con los leones ó tigres en las casas de fieras, dejando caer en medio una segunda reja tan sólida como la anterior y se dejaba la ración entre dichas dos rejas. Luego se salía.

Cerrábase en seguida con los cerrojos la reja exterior y se subía la otra para dejar circular al preso en su reducido calabozo y que pudiese coger su comida. De este modo no podían escaparse ni hacer daño á los servidores de la cárcel.

Dos manivelas colocadas en la parte exterior, hacían funcionar los aparatos de engranaje que servían para subir y bajar las citadas rejas.

## CXXVI

El *bargello* me enseñó la maniobra en un calabozo vacío.

— Gracias á Dios, me dijo caminando despacio por el patio, casi todos los calabozos están vacíos desde hace algunos meses. Luca no es país de criminales; la gente del campo está muy entre-

gada al cultivo de la tierra, que no inspira sino buenos pensamientos á los hombres, y el gobierno es demasiado benigno para que se conspire. Los pocos crímenes que se cometen son ocasionados por el amor y éstos inspiran más piedad que horror á todo el mundo.

En este momento, continuó, no tenemos sino seis presos : cuatro hombres y dos mujeres. Sólo de uno hay que desconfiar, porque dicen que ha matado á traición á un esbirro.

Un temblor recorrió todo mi cuerpo, palidecí y mis piernas flaquearon, al comprender que se trataba de Jerónimo ; pero como yo iba detrás del *bargello* no notó mi emoción y prosiguió :

## CXXVII

Uno de los presos es un anciano de Luca que no tenía más que un hijo, sostén y consuelo de su ancianidad : la ley manda que cuando un padre es inútil para el trabajo por ser enfermo ó inválido, ó por vejez, queda exceptuado su hijo del servicio militar, pero los médicos aseguraron que á pesar de su edad podía ganarse la vida trabajando.

— Sí, exclamo el viejo enfurecido al saber la noticia, yo puedo ganarme la vida, pero lo que deseo es salvar la de mi hijo de la guerra y ya verán ustedes como no podrán separarlo de mi lado. Dicho esto sacó un hacha de debajo de su chaqueta, puso la mano derecha sobre la mesa del reclutador y de un golpe se la cortó por la muñeca.

## CXXVIII

Los jueces le condenaron, era justo, pero ¿qué padre no le absuelve? ¿qué hijo no adora tal criminal? Nosotros le curamos y mi mujer le cuida como una hermana.

Las lágrimas humedecieron mis ojos.

— Ésta, prosiguió al pasar delante del calabozo de una pobre mujer joven vestida de montañesa, que daba el pecho á una criatura cerca de la reja, es de la mala raza de las Maremmas de Sienna, cuyas familias cosechan más en los caminos que en los surcos.

Unida á un joven bandido de Radicofani perseguido por los gendarmes del Papa hasta los confines de las montañas de Luca, le llevaba la comida á las rocas cubiertas de monte que domi-

nan el mar por un lado y por el otro el estado romano. Los delitos cometidos por estos sitios señalaron la presencia en ellos de un bandido y los esbirros recibieron orden de echarle mano á toda costa; pero el bandido los vió acercarse.

— Escápate por entre los mirtos, le dijo su valiente compañera y déjame rastrear á los que te persiguen.

La joven dirigió á su amante por la izquierda, por un sendero que conducía á la mar. Luego cogió el trabuco, municiones y pontiagudo sombrero del bandido y se puso á tirar tiros al aire para que los esbirros se dirigiesen hacia ella, mientras que él se escapaba.

Cuando vió que su estratagema había producido el efecto deseado y que su amante se hallaba en salvo, arrojó el trabuco, municiones y sombrero á un barranco profundo, y se dejó prender por los esbirros sin oponer la menor resistencia. Á nadie había ella hecho daño, pero, avergonzados ellos por haberse dejado engañar por una muchacha, la condujeron á Luca, y los jueces la condenaron no pudiendo menos de admirarla.

Tiene por cinco años de cárcel y alimenta con su sangre y sus lágrimas á ese pequeño niño

que nació aquí seis meses después de la fuga de su marido.

Su crimen es por haber nacido en un mal pueblo y por haber vivido entre gente de malas costumbres; pero si lo que hizo por un bandido que amaba, lo hubiese hecho por un hombre honrado, en vez de un crimen ¿no sería una buena acción?

### CXXIX

Sin dificultad convine con el razonamiento del *bargello*, pues ya envidiaba en mi interior la abnegación de mi presa y no pude menos de dirigirle una mirada de respeto y de compasión.

— Aquél, continuó el *bargello*, está preso por haber cazado venados en el bosque de S. E. el Duque, pero fué para llevar alimento á su esposa que se hallaba criando, y que por falta de comida se le secaban los pechos sin que los gemelos que de ellos se nutrian encontrasen una gota de leche. Es un ladrón sin duda, y él no lo niega; pero quien no cometería igual delito encontrándose en semejantes circunstancias. S. E. el Duque

mismo lo conoce bien y mientras que le conserva preso en la cárcel de Luca para que sirva de ejemplo, socorre generosamente la mujer y los hijos en su cabaña.

## CXXX

Este otro, prosiguió mirando un joven vestido con el traje rojo de los galeotes de Liorna, tiene para largo. Es lo que se llama un reincidente, es decir, dos veces criminal. Su primer delito no lo conozco, pero debía ser excusable, pues muy joven estaba unido con una cadena al brazo á un viejo galeote. Dícese que fué por haber robado en la dársena de Liorna una barca con una vela y dos remos, para hacer que su hermano se fugase de la fortaleza, en donde estaba por desertor; el hermano se escapó á Córcega en la barca robada y él pagó por los dos.

El viejo galeote al que estaba unido con la cadena tenía una hija en Liorna que era lavandera, y tan bella que más parecía princesa que otra cosa. No se avergonzaba como otras por tener á su padre en las galeras; cuanto más envilecido, más respetaba en su anciano padre al autor de sus días. Trabajaba en su oficio por los dos y

por él más que por ella. Veíasela en su puerta todas las mañanas y todas las tardes cuando la cuadrilla de los galeotes iba ó venía del trabajo, y coger la mano del anciano para besarla, dejando siempre en ella alguna cosa.

También ése por estar atado al anciano veía todos los días á la lavandera, admirando en silencio su belleza y bondad. Ella por su parte, sabiendo que el mozo hacía todo el favor que podía á su padre, empezó por demostrarle su agradecimiento y á la muerte del viejo concluyeron por amarse. Entonces, temerosa ella de que diesen á su amante un mal compañero, decidió hacer todos los sacrificios para romper sus cadenas.

Lograron verse libres, pero cayeron en poder de la justicia. La joven, castigada como cómplice de evasión, está aquí en un calabozo aislado, llorando siempre por haber perdido al que quiso salvar, y él está encerrado por diez años.

## CXXXI

Causóme penosa impresión la relación de la hija del galeote. Luego el *bargello* inclinándose hacia mí me dijo en voz baja.

— Aquí sólo hay un gran criminal, que á nadie inspira interés ni piedad; es aquél, añadió señalándome con la mano el calabozo de Jerónimo. Dicen que es como un animal feroz que vive de matar en las cavernas de sus montañas. De un solo tiro mató á traición un esbirro é hirió á dos guardas del Duque; pero no continuará sus crímenes y nadie llorará sobre su fosa. Es tanto más peligroso cuanto que la más refinada hipocresía sirve de máscara á su alma astuta y feroz, y que con el corazón de un verdadero tigre tiene la cara cándida y bondadosa de un hermoso adolescente; hay que tener miedo al acercarse á él para darle su ración. No le hablemos; hasta su mirada solamente podría hacernos daño, si sus ojos tuviesen balas como su trabuco; hay que echarle su pedazo de pan de lejos, á través de la doble reja y no te atrevas jamás á entrar en su calabozo á menos que los fusiles de los esbirros no le apunten desde la puerta.

## CXXXII

Dicho esto se volvió atrás el *bargello* para salir del patio y yo creí que perdía el conocimiento de alegría, pues si me llega á mandar que entrara y nos encontramos cara á cara Jerónimo y yo delante del *bargello* ¿qué hubiera sido de nosotros?

La Providencia nos protegía inspirando al *bargello* por el dicho de los esbirros aquel terror por el pobre inocente.

El piccinino hizo solo por esta vez la distribución de las raciones.

El *bargello* entró en su oficina y su mujer me indicó todo lo que tenía que hacer en la casa, lo cual era ayudar á la cocinera, sacar agua del pozo, barrer las escaleras y el patio, dar de comer á dos grandes perros dogos, echar grano á las palomas y distribuir el alimento á los presos con igualdad, llevando además tres veces al día leche á la presa que criaba.

## CXXXIII

— Pero cuando te halles solo en el patio, añadió, no te fíes y ten mucho cuidado con el ase-

sino del esbirro, que está en el calabozo del fondo. Aunque es muy joven y se te parezca algo de cara, dicen que jamás hemos tenido aquí hombre tan malo. Pero según creo no estará aquí mucho tiempo; los esbirros y guardas, que no pueden ver á esta fiera, han sido llamados como testigos, nadie se ha presentado á deponer contra ellos, y el que dió la muerte á su prójimo no tardará en ser también condenado á muerte.

## CXXXIV

— ¡Condenado á muerte! exclamé involuntariamente. Aun es muy joven para morir.

— Sí, respondió, pero también lo era cuando mató al esbirro, y con sus depravados instintos, si se le dejara vivir, morirían muchos á sus manos.

— Es verdad, repuse bajando la cabeza para ocultar mi emoción. Pero ¿se sabe con certeza si es inocente ó criminal?

— Se sabrá antes que cierre la noche, repuso, pues hoy está convocado el consejo de guerra; pero ¿qué pueden decir sus defensores ante el cadáver del bravo soldado asesinado detrás de un árbol al hacer la policía en la montaña?

Nada contesté al saber que la sentencia de Jerónimo se pronunciaba el mismo día en que yo me acercaba á él, pero mi corazón ya acongojado por las noticias de la carcelera parecía que me desgarraba el pecho.

¡Quién sabe! pensé yo alejándome y meditando con alguna calma, ¿quién sabe si le perdonan á causa de su edad? Y ¡quién sabe, Dios mío, si ni siquiera le darán tiempo de confesarse, de reconciliarse como buen cristiano con Dios y con sus criaturas! Y ¿quién sabe también si durante este tiempo no podré yo, como la hija del galeote de Liorna, sacarlo de sus hierros aunque tenga que morir en su lugar?

Pues si Jerónimo vive ¿que importa que yo muera? ¿Acaso no es el único capaz de ganar con sus brazos el sustento de mi padre, de mi tía y del pobre perro del ciego?

Y luego, si el muriese, ¿como podría yo vivir? ¿Hemos tenido nosotros jamás aliento que no pertenezca á los dos?

Las balas que atravesasen su pecho ¿no destruirían también el mío?

Pero un rayo de esperanza llegó á mi alma y pensé que puesto que la Providencia había hecho el milagro en el puente de Saltochio de hacerme recoger por los de la boda, traerme precisamente

á la casa del *burgello*, y de inspirar á éste y á su mujer la idea de tomarme á su servicio, lo cual me permitía hablar todo lo que quisiera con Jerónimo sin que nadie pudiera concebir sospechas. ¿quién sabe si la Providencia no tiene algún designio que se manifiesta en tan visible protección? y si...

## CXXXV

La voz del *piccino* interrumpió mi meditación para avisarme que ya era hora de dar de comer á los dogos y á las palomas, y de cambiar el agua de los cántaros de los presos, como se me había dicho por la mañana.

— Está bien, le dije; pero como la cuerda del pozo es demasiado pesada para ti y tampoco podrás ayudarme á subir y bajar las rejas de los calabozos, entretente en el vestibulo del claustro mientras yo hago estos pesados trabajos. Guarda la puerta exterior y avisame si me llaman el carcelero ó su mujer.

— El *burgello* y su mujer, contestó, han salido para ir al tribunal á oír al acusador de ese terrible montañés que tenemos encerrado en el último calabozo y saber cuando hay que conducirlo ante los jueces.

## CXXXVI

Afectando oír con indiferencia las palabras del chico, le di paja para que la trezase á fin de hacer esteras para los presos y le recomendé que no se separase de aquel sitio hasta concluir su trabajo.

Así que le vi sentado en el suelo principiando su trabajo, abrí la segunda puerta que daba al patio del claustro y entré en él con una cesta de granzas para las palomas, dirigiéndome al pozo para sacar agua con que llenar los cántaros de los presos.

Levantaron todos los ojos como queriendo indagar con sus miradas la conducta que con ellos observaría el nuevo llavero. Agradeciéronme hombres y mujeres mis servicios, admirados de mi juventud y de que más parecía dispuesto á llorar con ellos que á tratarlos mal.

## CXXXVII

Servidos todos me adelanté trémula y con lágrimas en los ojos hacia el último calabozo, en el



cual, según el *bargello*, se hallaba el terrible asesino.

Un pilar del claustro ocultaba el ventanillo de este calabozo de las miradas de los demás presos del patio, á la par que le hacía oscuro como una caverna.

Bajé cuanto pude las alas de mi sombrero, para que su sombra impidiese que me reconociera el pobre preso desde la primera mirada y que involuntariamente lanzase un grito de sorpresa que nos hubiera descubierto.

## CXXXVIII

Acercábame, pues lentamente, como el que desea llegar á un punto y no obstante teme tanto dar un paso hacia atrás como hacia adelante. Hallábame ya á dos pasos del ventanillo, iba ya á ver al que llamaban el asesino, cuando se turbó mi vista, latiéronme las sienes con violencia, frío sudor cubrió mi rostro, negáronse mis piernas á seguir adelante y mis heladas manos dejaron escapar el cántaro y el manojito de llaves, que cayeron sobre las losas mientras mi cuerpo dió contra la pared. Creyeron los presos que habia resbalado y nadie sospechó la causa de mi caída. Vuelta en

mí, pensé en el medio de hacer saber mi presencia á Jerónimo sin presentarme repentinamente en su calabozo.

Recogí las llaves y volví sobre mis pasos como para ir á buscar otro cántaro; al pasar por el vestíbulo vi al *piccinino* ocupado en trenzar la paja. Pero tan pronto llegué al corredor, volé más que corrí á mi cuarto, cogí la cornamusa y descendí.

Mostrándosela al chico, le dije que como ya habia concluido mi quehacer iba á distraer á los presos tocándoles algunas piezas. Creyóme, gracias á su inocencia y volví al patio.

## CXXXIX

Pensaba yo que si nos veíamos sin estar advertidos, podíamos perdernos. Entonces me acordé de la cornamusa. Lanzaré primero algunas notas débiles y sueltas en el sitio del patio más lejos de su calabozo para despertar su atención; pasado un momento tocaré más fuerte y más cerca para darle á entender que me acerco á él; luego me callaré de nuevo, y en seguida avanzaré tocando piezas que sólo nosotros sabemos para que no tenga duda de que soy yo, y para que paso á paso y nota á nota comprenda que me acerco con pre-

cauciones y que debe prepararse á verme en silencio cuando la cornamusa callare y yo abra la primera reja de su calabozo.

## CXL

Así lo hice y me salió perfectamente. Los pobres presos se acercaban á las rejas, dándome las gracias con los ojos arrasados de lágrimas, á medida que pasaba por delante de sus ventanillos.

Jerónimo, que en el primer momento se acercó al ventanillo asiendo los barrotes con sus crispadas manos, no se dejó ver después. Alegréme de esto á pesar de la impaciencia que tenía por verle, comprendí que había conocido la cornamusa y que esperaba alguna sorpresa de mí, como la que recibió la noche anterior oyendo la tocata de Jerónimo y Fior d'Aliza, que sólo uno de los dos podíamos tocar, porque nadie nos la había enseñado. Para confirmarle la idea de que iba á verme, detúveme cerca de su reja y sentada en el zócalo de una columna toqué, con toda la ternura que pude expresar, la pieza de la noche anterior.

Ningún ruido se oía en el calabozo, lo que me demostraba que Jerónimo me había comprendido

y que podía, sin temor, dejar la cornamusa, tomar el cántaro y abrir el calabozo. Acerquéme á la reja y vi que se levantó extendiendo hacia mí sus encadenados brazos. Puse un dedo sobre mis labios para recomendarle el silencio, levanté la primera reja y quedé separada de él sólo por la segunda. Lanzéme á su encuentro pasando mis brazos por entre los hierros, pero él, al ver el sombrero calabrés, mis cabellos cortados, el traje de hombre, que hizo que no conociera de pronto mi cara, pareció petrificado, y dejó caer sus brazos:

— ¡Cómo! le dije á media voz, ¿no conoces ya á Fior d'Aliza por que ha cambiado de traje y ha cortado sus cabellos para poder acercarse á ti? Soy yo, tu hermana, tu padre, tu tía, todos los seres que te aman, que encarnados en mí vienen á arrancarte de las garras de la muerte á costa de su vida, si es necesario, ó al menos á morir contigo si tú mueres.

## CXLI

Mi voz, que reconoció, disipó sus dudas y á su vez se lanzó hacia mí, tanto como lo dejó el largo de su cadena sujeta á la pared. Las puntas de